bre hombre, debo afirmar por mi honor que el 18 de mayo estaba en Palermo, en donde, como consta en mi libro de memorias, ha sido herido estando á mi servicio. Por tanto, como no podia estar á la vez en Palermo y en Centorbi, precisamente es inocente.

—¡Inocente! ¡inocente! gritó la multitud.

—Si, ¡inocente, amigos mios, inocente! dijo el reo.

Bien sabia yo que Dios haria un milagro en mi favor.

—¡Milagro! ¡milagro! esclamó la multitud.

—¡Pues bien! dijo el juez, le haremos conducir otra vez á la cárcel y procederemos á otra indagatoria.

—No, no, ¡libre! ¡libre en el instante mismo! gritó el pueblo, y á estas palabras, una parte de la multitud yendo hácia el estrado arrebató al reo y le desató las manos, mientras que la otra derribaba el patíbulo y perseguia al verdugo á pedradas.

El coronel fué llevado en triunfo á la *fonda del Ciclope*. Todo el dia estuvo de fiesta Castro-Giovanni; y cuando el coronel abandonó la ciudad hácia el medio dia, con gran trabajo pudo abrirse paso con su caballo por entre las oleadas del pueblo que le besaba las manos gritando: ¡Viva el coronel Santa Croce! ¡Viva el salvador del inocente!

En cuanto al condenado, como todos querian hablarle y oir de su propia boca la relacion de la aventura, no pudo gozar algo de libertad hasta la noche. Se aprovechó de ella al instante para tomar por una callejuela, cuya estrechez la hacia mas sombría todavía; luego, por aquella callejuela, llegó á la puerta de la ciudad, y por último, una vez fuera de la ciudad, ganó á todo correr una garganta de la montaña, donde desapareció.

Al dia siguiente recibió el juez una carta de Luigi Lana, en la que el gefe de los bandidos le daba gracias por su condescendencia en ofrecerle un asilo en su propio estrado, le suplicaba ademas ofreciese sus cumplimientos á su compadre maese Gaëtano, propietario de la *fonda del Ciclope*.

Pero por mas libre que quedase el reo, la impresion producida en su espíritu por la vista del patíbulo, al cual habia, por decirlo asi, tocado con el dedo, habia sido tan real, que resolvió, á pesar de las exhortaciones de sus camaradas, abandonar la vida que habia llevado hasta alli y reconciliarse con la policia.

El religioso que le habia acompañado en el tránsito de la cárcel hasta el patíbulo, fué el intermediario entre él y la autoridad; la súplica fué trasmitida al virey, y como el bandido no pedia mas que se le conservase la vida prometiendo ser en lo sucesivo un modelo de probidad, despues de algunas conferencias entre el fraile y el virey le fué concedida su peticion, con la única condicion de que haria pública retractacion con los pies descalzos y atado el cuerpo con una cuerda.

Esta ceremonia tuvo lugar en Palermo con gran edificacion de los fieles.

He aqui lo que sucedió en Castro-Giovanni el 20 de julio del año de gracia 1826.

—Y despues pregunté á Mr. Politi, ¿qué ha sucedido á ese buen hombre?

—Ha tomado el nombre de Salvadore, sin duda en memoria del modo milagroso como se salvó; se ha hecho mozo de mulas, á fin de ganar su vida de un modo honrado, como se habia comprometido á hacerlo: y si lo que os he contado no os inspira gran desconfianza, tendrá el honor de ser mañana por la mañana vuestro guia desde Girgenti hasta Palermo.

EL INTERIOR DE LA SICILIA.

Al dia siguiente, por mas diligentes que anduvimos, no nos pusimos en camino hasta las nueve de la mañana. Habíamos pedido una mula de refuerzo para Cama; pero cuando él se vió por la primera vez de su vida encaramado en lo alto de una silla sin otro apoyo que dos estribos de desigual longitud, declaró que la brida le parecia un punto de apoyo demasiado insuficiente para que le confiase la conservacion de su persona. Por tanto, con la ayuda de Salvadore, se apeó y se volvió á enviar la mula.

Entretanto, se acomodaba nuestro equipage sobre la mula de trasporte. Como era bastante considerable, Cama observó que formaba sobre el lomo del animal una superficie plana de tres á cuatro pies de diámetro. Esta azotea pareció á Cama un verdadero asilo de seguridad comparado con la aguda estremidad de la silla, y pidió se le dejase acomodar como pudiera sobre aquella pequeña plataforma. Salvadore, consultado para saber si su mula podia llevar aquel esceso de peso, respondió que no veia en ello inconveniente: al cabo de un momento, Cama se encontró, pues, colocado en el centro de nuestro equipage, sentado como los sastres, y elevándose piramidalmente en medio de su domicilio.

Se nos habia recomendado visitásemos los Maccaloubi. Suplicamos pues á Salvadore tomase el camino que conducia alli; pero acostumbrado á semejantes peticiones, se habia anticipado á nuestro deseo, y ya no estábamos mas que á una media milla de allí, cuando le dijimos nos condujese.

Los Maccaloubi son simplemente pequeños volcanes de limo, en número de treinta ó cuarenta, que se elevan en un llano fangoso. Cada uno de estos volcanes en miniatura tiene un

pie ó diez y ocho pulgadas de alto: la materia que se escapa de estas topineras es una especie de agua espesa, de color de óxido rojo, muy fria, y segun se asegura, muy salada. Cuando nosotros los vimos, los volcanes descansaban; es decir, con gran trabajo, y con esfuerzos que debian singularmente fatigarlos, arrojaban su húmeda lava fuera de su cráter. Salvadore nos aseguró que habia épocas en que arrojaban el lodo á ciento ó ciento cincuenta pies de altura, y en que todo aquel llano de lodo temblaba como un mar. No vimos nada de esto. Estaba, por el contrario, muy tranquilo, como hemos dicho, y bastante seco para que andando entre los volcanes, no se hundiese uno mas que dos ó tres pulgadas. Como esto, á pesar de la recomendacion, nos parecia nada mas que medianamente curioso, y no éramos bastante fuertes en geologia para estudiar la causa de este fenómeno, no hicimos en Maccaloubi sino muy corta estacion, y continuamos nuestro camino.

A eso de las once nos hallamos á la orilla de un riachuelo. Como seguíamos un camino apenas trazado, y practicable solo para las literas, las mulas y los peones, no habia, como se comprenderá, otro medio de pasar el riachuelo, que meter en él con ánimo nuestras mulas. Se metieron hasta el vientre y nos condujeron sin accidente hasta la otra orilla. Habia yo invitado á Salvadore á montar á la grupa de mi mula; pero como hacia mucho calor, no se anduvo en cumplimientos, y pasó tranquilamente á la manera de sus mulas; es decir, metiéndose en el agua hasta la cintura.

Algunos pasos mas allá del riachuelo nos hallamos en una especie de bosque de adelfas que daba sombra á una fuente. Era una parada perfectamente indicada para nuestro almuerzo. Por tanto, nos apeamos; Cama se deslizó de lo alto de su equipage, Salvadore golpeó las matas para coger dos ó tres culebras y una docena de lagartos, y nosotros almorzamos.

Como habíamos invitado á Salvadore á que almorzase con nosotros, honor que despues de algunos cumplimientos preliminares habia concluido por aceptar, se habia hecho hácia el fin de la comida un poco mas comunicativo que lo habia sido desde nuestra partida. Jadin se aprovechó de aquel momento de sociabilidad para pedirle permiso de hacer su retrato. Salvadore consintió en ello riendo, se terció la capa sobre el hombro izquierdo, se apoyó sobre el baston puntiagudo de que se servia para saltar los arroyos y aguijar las mulas, cruzó sus piernas una sobre la otra, y se estuvo delante de él con la inmovilidad y aplomo de un hombre habituado á acceder á semejantes exigencias.

Mientras tanto tomé yo mi escopeta y recorrí las cercanías: un desgraciado conejo que se aventuró fuera de su conejera, y tuvo la imprudencia de querer volver á ella en lugar de permanecer tranquilamente en su cama donde no le hubiera descubierto, fué el trofeo de esta espedicion.

Dió esto motivo á Salvadore para pedirnos el permiso de examinar nuestras escopetas, lo cual todavia no se habia atrevido á hacer, á pesar de las ganas que se le pasaban de ello. Las cogió y las manejó como hombre familiarizado con las armas; pero como eran escopetas del sistema Lefancheux, su mecanismo le era completamente desconocido. No me desagradó, como si quisiese satisfacer su curiosidad, mostrarle que á una distancia muy regular no erraria á un hombre; hice pues girar la tuerca, cambié los cartuchos perdigon zorrero por los de mostacilla, y arrojando al aire dos duros, á los dos los toqué. Salvadore fué á recoger los duros, reconoció sobre ellos la señal del plomo, meneó la cabeza de alto á bajo, digno apreciador del tiro que acababa yo de hacer. Le propuse intentase la misma prueba; me dijo sencillamente que nunca habia sido gran tirador al vuelo, pero que si mi compañero queria prestarle la carabina, nos haria ver lo que sabia hacer al blanco. Como estaba cargada con bala, Jadin se la puso al punto en las manos. Salvadore eligió por blanco una piedrecita blanca del grueso de un huevo que estaba á cien pasos de nosotros en medio del camino, y despues de haberla apuntado con una atencion que indicaba la importancia que daba al éxito, disparó y rompió la piedra en mil pedazos.

Esto nos sugirió á Jadin y á mi la reflexion nada mas que medianamente tranquilizadora de que, llegada la ocasion, tampoco Salvadore debia errar á un hombre.

En cuanto á Cama, no pensaba en otra cosa que en envolver el conejo en yerbas que habia cogido junto á la fuente, á fin de mantenerle fresco hasta la hora de comer.

Nos volvimos á poner en camino; el miserable *fumicello* que acabábamos de atravesar, daba mas vueltas y revueltas que el famoso Meandro. Le volvimos á encontrar doce veces en nuestro camino en menos de tres leguas: y todas le vadeamos como la primera.

En todo el camino no apercibimos ninguna tierra cultivada, sino llanuras inmensas cubiertas de altas yerbas, quemadas por el sol, en medio de las que se elevaba de vez en cuando, como una isla de verdura, una cabaña rodeada de cactus, granados y adelfas. A cien pasos al rededor de la choza el suelo estaba labrado, y se veian algunas legumbres que brotaban de la tierra, y que segun toda probabilidad, era el único alimento de los desgraciados perdidos en aquellas soledades.

Caminamos hasta las cinco de la tarde, viendo alguna vez aldeas encaramadas en la cima de alguna roca, sin que pudiera distinguirse de ningun modo por qué camino se llegaba alli. En fin desde lo alto de una colinita, Salvadore nos enseñó una granja colocada

en el camino, y nos dijo que era alli donde ibamos á pasar la noche. Una legua próximamente mas allá de aquella granja, y á la derecha del camino, se elevaba sobre la pendiente una ciudad de alguna importancia, llamada Castro-Novo. Preguntamos á Salvadore por qué no íbamos á aquella ciudad en lugar de detenernos en un miserable meson donde no estaríamos bien; Salvadore se contentó con respondernos que nos separaríamos mucho del camino. Como una insistencia mayor de parte nuestra podia hacer creer á nuestro guia que desconfiábamos de él, lo que hubiese sido muy ridículo despues de nuestra voluntaria eleccion, no añadimos mas observaciones, y resolvimos, puesto que habíamos decidido ir con él, entregarnos enteramente á su voluntad; pero le preguntamos, para saber al menos donde íbamos á pasar la noche, cual era el nombre de aquella barraca. Nos respondió que se llamaba Fontana Fredda.

Por lo demas, era la mas magnífica madriguera de ladrones que he visto en mi vida, aislada en un pequeño desfiladero, sin ninguna cerca, y sin una puerta ni ventana que cerrase. En cuanto á los que la habitaban, nuestra presencia no les pareció probablemente un suceso digno de curiosidad para que se molestasen, porque paramos á la puerta, nos apeamos de las mulas, y entramos en la primera pieza sin ver á nadie, hasta que abrí una puerta lateral y ví á una muger que mecia á su hijo sobre sus rodillas entonando una cancion lenta y monótona. La dirigí la palabra; me respondió sin interrumpirse algunas palabras en un patuá tan estraño, que renuncié en el instante á trabar conversacion con ella, y volví con Salvadore, que no teniendo un mozo de caballeriza que le ayudase, descargaba él mismo sns mulas, y le supliqué se ocupase en persona de nuestra comida y de nuestras camas. Me respondió, moviendo la cabeza, que era preciso no confiar mucho ni en lo uno ni en lo otro, pero que haria todo lo que pudiese.

Al volver á entrar en la primera pieza encontré á Cama desesperado; habia hecho ya su visita de inspeccion, y no habia hallado ni marmitas, ni parrillas, ni asador. Le brindé á que se procurase lo primero que tostar, cocer ó asar: luego veríamos como reemplazar los utensilios ausentes.

Despues de haber atado sus mulas al gancho, apareció Salvadore y entró en la habitacion próxima; pero un instante despues salió de ella diciendo, que hallándose el dueño de la casa en Secocca, y siendo su muger medio idiota, teniamos que obrar como si estuviésemos en una casa abandonada. Las provisiones se limitaban, nos dijo, á un cántaro de aceite rancio y algunas castañas; pan no se conocia.

Si este lenguage no era satisfactorio, al menos tenia el mérito de ser perfectamente claro. Cada uno nos pusimos, pues, á buscar por nuestro lado, y reunir lo que se pudo; Jadin despues de una media hora de correría por las rocas, trajo una paloma; Salvadore habia retorcido el pescuezo á una gallina vieja; yo en un cobertizo puesto alrededor de la casa, habia encontrado tres huevos; en fin, Cama habia despojado el jardin y reunido dos granadas, y una docena de higos chumbos. Todo esto, unido al conejo felizmente muerto mientras Jadin hacia el retrato de Salvadore, presentaba el aspecto de una comida mediana. No faltaba mas que disponerla.

No hallando marmita, y obligados á emplear el aceite rancio en lugar de manteca, acordamos que nuestra lista se compondria de un guisado de gallina, asado de caza, tres huevos duros de entremés, y de nuestras granadas guarnecidas de higos chumbos de postre: las castañas asadas en el rescoldo, debian reemplazar el pan.

Todo esto hubiese importado muy poco, absolutamente nada, sin la repugnante porquería de la zahurda donde nos encontrábamos.

Apenas pusimos manos á la obra, cuando dos niños cubiertos de andrajos, flacos, macilentos y enfermizos salieron como dos gusanos, no sé de donde, y fueron á colocarse á cada lado de la chimenea, siguiendo con ojo ávido nuestras escasas provisiones en todas las trasformaciones que esperimentaban. Hubiéramos querido desde luego alejarles de su puesto, á fin de no tener á nuestra vista aquel cuadro desagradable; pero el discurso que les pronuncié, y el puntapié con que con gran sentimiento mio, le habia acompañado Cama, no produjeron sino un gruñido sordo, bastante semejante al de un jabato á quien se quisiese sacar de su agujero. Me habia vuelto entonces yo á Salvadore preguntándole qué tenian y qué querian, y Salvadore me respondió echando sobre ellos una mirada de indecible piedad.—¿Qué tienen y qué quieren? Tienen hambre y quieren comer.

¡Ay! ese es el grito del pueblo siciliano, y no he oido otra cosa durante los tres meses que habité en la Sicilia. Hay alli desgraciados cuya hambre no se ha satisfecho desde el dia en que, echados en su cuna, han empezado á hacer la succion del agotado seno de su madre, hasta el en que tendidos en el lecho de muerte, han espirado, intentando tragar la hostia santa que el sacerdote acababa de depositar en sus labios.

Por tanto, se comprende que aquellos dos pobres niños tenian derecho á la mejor parte de nuestra comida; nosotros permanecimos con nuestro apetito, pero ellos quedaron satisfechos.

¡Qué horrible cosa es pensar que hay desgraciados para los cuales haber comido una vez será un recuerdo para toda la vida!

Concluida la comida, nos ocupamos de nuestros camastros; Salvadore nos descubrió una especie de cámara en el piso bajo, en el piso de la que estaban tirados en dos artesas dos gergones de paja casi sin telas; eran estas nuestras camas.

Esto, unido á los insectos que cubrian la parte inferior de nuestros pantalones, y que corrian impunemente por las paredes, no nos prometia un sueño muy profundo; asi resolvimos intentarlo lo mas tarde posible, y fuimos á dar una vuelta por el campo, con nuestras escopetas á la espalda.

Nada tan suave, silencioso y tranquilo como aquella soledad: eran el silencio y la poesía del desierto: el aire abrasador del dia habia sido reemplazado por una brisa nocturna, que contenia algo del olor á mar lleno de una frescura voluptuosa: el cielo era un vasto pabellon de zafiro todo tachonado de oro; meteoros inmensos atravesaban el espacio sin ruido, tan pronto bajo el aspecto de una flecha que dejaba su surco hasta estinguirse, como semejando á globos de llamas descendiendo del cielo á la tierra. De cuando en cuando una cigarra perezosa comenzaba un canto interrumpido de repente, y de repente vuelto á comenzar; en fin, las luciérnagas centelleaban, cual estrellas animadas, semejantes á esas fugitivas chispas que los niños hacen nacer á su capricho, sacudiendo un hogar medio apagado.

Muy agradable hubiese sido pasar la noche asi, pero á la mañana siguiente teníamos que hacer unas cuarenta millas, habíamos caminado veinte y cinco durante el dia, y por último, como siempre sucede, como en todas partes, cuando el alma decia si, el cuerpo decia no.

Volvimos á entrar á eso de las diez, y nos arrojamos vestidos en nuestras camas.

Al principio dominó la fatiga á todo lo demas, y me dormí; pero al cabo de una hora me desperté, acribillado por una multitud de picaduras; tanto hubiera valido intentar dormir en una colmena. Me moví, cambié de lugar, me volví y revolví; imposible dormir.

En cuanto á Jadin, sea mayor cansancio, sea sensibilidad menos exaltada, dormia como Epiménides.

Me acordé entonces de aquel sotechado lleno de paja donde habia encontrado los huevos, y me pareció un lugar de delicias comparado con el infierno en que me hallaba. En consecuencia, como nada se oponia que usase de él á mi gusto, tomé mi fusil que estaba á mi lado en el colchon, abrí suavemente la ventana, sali fuera y fuí á tenderme sobre aquella paja tan deseada.

Hacia diez minutos que estaba alli y comenzaba á entrar en ese estado que no es la vigilia, pero que tampoco es el sueño, cuando me pareció que oia hablar á algunos pasos de mí. Dudé aun algunos instantes, y por tanto procuré volver á sumirme en mi aletargamiento, cuando el ruido llegó á ser tan perceptible que abrí desmesuradamente los ojos, y á la luz de las estrellas ví á tres hombres parados en la esquina de la casa. Mi primer movimiento fué asegurarme de si mi escopeta continuaba á mi lado. La encontré en el mismo sitio en que la habia dejado, y mas tranquilo volví los ojos sobre los tres individuos.

Como estaba oculto en la sombra que proyectaba el tejado del cobertizo no podian verme, mientras que yo por el contrario á medida que mis ojos se habituaban á la oscuridad los distinguia perfectamente. Estaban envueltos en largas capas; uno de ellos tenia una escopeta, los otros dos solamente estaban armados de palos.

Al cabo de algunos minutos, durante los que permanecieron inmóviles hablando en voz baja, aquel de los tres que tenia la escopeta se aproximó á la ventana por la que yo habia salido, entreabrió la madera é introdujo su cabeza con precaucion, con objeto de examinar la habitacion. Como habiamos dejado encendida una lámpara sobre la chimenea; podia ver uno de nuestros colchones ocupado y el otro vacio. Sin duda esta circunstancia le preocupó, porque volvió prontamente á donde estaban sus dos compañeros y les habló con animacion. Los tres entonces se aproximaron. Creí que era llegado el momento, me incorporé sobre una rodilla y monté los dos gatillos de mi escopeta. Como las intenciones de tres bribones que entran por la ventana á media noche no pueden ser dudosas, mi resolucion se habia fijado irrevocablemente: al primer acto de fuerza que intentasen, hacia yo carambola, y si el tercero no huia, Jadin despertado por el ruido, tenia su carabina.

En aquel momento la ventana del granero se abrió y ví asomar la cabeza de Salvadore.

Al ver aquella aparicion, lo confieso, creí que nuestro guia volvia á su antiguo oficio y que íbamos á tener que entendernos con cuatro bandidos en lugar de entendernos solamente con tres. Pero antes que esta duda hubiese tenido tiempo de cambiarse en certeza, oí una voz que preguntaba imperiosamente en siciliano:

—¿Quién sois? ¿qué quereis?

—¡Salvadore! dijeron á la vez los tres hombres.

—Si, Salvadore, aguardadme abajo.

Diez segundos despues se abrió la puerta y apareció Salvadore. Fué derecho hácia los tres hombres y entabló con ellos una conversacion que á pesar de ser en voz baja no me pareció por eso menos animada. Durante diez minutos pareció que disputaban, hablando ellos con insistencia y respondiendo él con firmeza. Muy pronto los tres hombres se retiraron algunos pasos como para tener consejo entre sí; Salvadore permaneció donde estaba con los brazos cruzados y la vista fija en ellos. En fin, el que tenia una escopeta se adelantó del gru-

po, volvió otra vez con Salvadore, le dió una mano, y reuniéndose á sus camaradas se alejó con ellos. Al cabo de cinco minutos los tres se habian perdido en la oscuridad y no se oia mas que el ruido de sus pasos sobre la yerba seca.

Salvadore permaneció todavía un cuarto de hora en el mismo sitio y en la misma actitud; luego, asegurado de que los visitadores nocturnos se habian retirado realmente, se volvió á entrar á su vez y cerró la puerta tras de sí.

Se comprende que la escena de que acababa yo de ser testigo me habria quitado, á lo menos por el momento, todo deseo de dormir. Permanecí como media hora inmóvil como una estátua en la postura en que estaba y con el dedo en el gatillo de mi escopeta; luego al cabo de una media hora, como nadie volvió á aparecer y no oia ningun ruido, tomé una posicion un poco menos incómoda; otra media hora habria pasado á lo mas, cuando ya me habia dormido; tal es el estraño poder del sueño.

Me despertó el frio de la mañana. Por mas hermoso que deba ser el dia, cae siempre en Sicilia algunos minutos antes de salir el sol un rocío fino, penetrante y helado. Felizmente el sotechado bajo el que me habia puesto á cubierto, me habia librado de él; pero no sentia menos ese malestar de la madrugada bien conocido de todos los viageros.

Volví á entrar en la habitacion como habia salido de ella, cuando ví á Jadin abrir la ventana: acababa de despertarse, y no viéndome en mi colchon, habia tenido alguna inquietud sobre lo que habria sido de mí, y me buscaba. Le referí lo que habia pasado; nada habia oido. Esto hacia honor á su sueño, porque no solo no habia sido menos mortificado por los insectos, sino que ademas, faltando yo, habia debido pagar por los dos. Y esto lo probaba la simple inspeccion de la persona; estaba pintado desde los pies á la cabeza como un salvage de la Nueva Zelandia.

Llamamos á Salvadore, que nos respondió desde la cuadra, donde estaba disponiendo sus mulas; luego, puesto que como se concibe bien, no habia que tratar de almuerzo, y no habia en nuestro camino mas que la ciudad de Corleone, donde contábamos hacer una comida de cualquier modo, hicimos provision de castañas, á fin de entretener nuestro apetito en todo el camino.

Por lo que hace á la cuenta que teniamos que pagar, con gran asombro nuestro ascendia, no sé cómo, á tres duros; los abonamos, pero advirtiendo á Salvadore que los diese á título de limosna.

Nos pusimos en camino de la misma manera que la víspera, con la diferencia de que yo fuí al principio á pie por dos razones; la primera porque deseaba entrar en calor, y la segunda porque tenia deseo de hablar con Salvadore de lo que habia pasado por la noche. A la primera palabra que dije sobre ello se echó á reir; luego, viendo que habia yo asistido á aquel pequeño drama desde que se levantó el telon hasta que se dejó caer:

—¡Ah! sí, sí, me dijo; son antiguos compañeros que trabajan por la noche en lugar de trabajar por el dia. Si hubiéseis tomado otro guia que yo, es probable que hubiese habido algo entre vosotros, y que por lo que me habeis dicho, lo hubiesen ellos pasado mal; pero habeis visto que, por mas que se hayan hecho un poco de rogar, han concluido por dejarnos el campo de batalla. Ahora no tendremos ya nada que hacer antes del paso de Mezzojoro.

—¿Y en el paso de Mezzojoro?

—¡Oh! allí ya veremos.

—¿No teneis sobre los que encontremos la misma influencia que sobre los que hemos encontrado ya?

—¡Diantre! respondió Salvadore con un gesto siciliano que no se puede definir, es una nueva sociedad que acaba de formarse.

—¿Y no los conoceis mucho?

—No, pero ellos me conocen.

Habíamos llegado á la orilla de un torrente, que despues de haber hecho mover un molino, que se llama el molino de la Oliva, corria con un movimiento bastante suave, y que era preciso vadear con mucho cuidado, como el rio de la víspera, del que era acaso el manantial. Monté, pues, en mi mula. Salvadore me pidió permiso para montar á la grupa, lo que le concedí, é intentamos el paso, que se verificó á satisfaccion, aunque á pesar de nuestras precauciones, no pudiésemos evitar mojarnos hasta las rodillas. Pasó Jadin en seguida y llegó como nosotros á la orilla sin accidente; pero no sucedió lo mismo al pobre Cama, que evidentemente estaba destinado á pagar todas las culpas. Apenas su mula llegó al medio del torrente, cuando, mal dirigida por su conductor, se desvió algunos pasos y se sumergió en un hoyo: al grito que arrojó Cama, nos volvimos y le descubrimos con el agua hasta la cintura, mientras que no veíamos mas que la cabeza de la mula: era tan grotesca la figura que hacia este desgraciado en todos los accidentes funestos que le sucedian, era tan profundamente cómico, que no pudimos menos de prorumpir en una carcajada.

Aquella intempestiva hilaridad produjo una reaccion en Cama, y quiso hacer tomar á su mula el camino que habia perdido; pero á los esfuerzos que el mismo animal hizo encontró una piedra y se arrodilló: la violencia del sacudimiento hizo romper la cincha, y al momento vimos á Cama y nuestro equipage irse con la corriente del agua. Por mas útil que nos fuese el primero, y por mas necesario que nos fuese el segundo, acudimos á nuestro cocinero, mientras que Salvadore acudia á nuestro equipage; al cabo de cinco minutos, hombre y equipage estaban fuera del agua, pero de tal modo mojados, de tal modo escurriendo agua, que no podíamos continuar el camino sin que se secase todo.

Encendimos un gran fuego con yerbas secas y ramos de olivo; nosotros mismos teniamos necesidad de él; la brisa de la madrugada nos habia helado y nos calentamos con un indecible placer á uno de esos fuegos gigantescos, como los que encienden los leñadores en los bosques y los pastores en las montañas; cada uno de nosotros asó en él una docena de castañas. Este fué nuestro almuerzo.

Mientras haciamos esta parada necesaria, vimos aparecer una litera conducida por dos mulas, guiada por un conductor y acompañada de cuatro *campieri*. Encerraba un digno prelado, corpulento, grueso y fresco, que mas prudente que nosotros, tenia el aspecto, por la mirada de desprecio que echó sobre nuestro almuerzo frugal, de llevar sus provisiones consigo. Los cuatro *campieri*, armados de escopetas y envueltos en mantas, daban á su marcha un aspecto bastante pintoresco. A pesar de la dificultad del paso donde nosotros habiamos caido, atravesó el riachuelo sin accidente, gracias á la destreza de su conductor.

Al cabo de una hora próximamente levantamos el campo. Pero por mas instancias que hiciésemos á Cama, no permitió volver á montar en su mula. Salvadore se aprovechó de esta negativa para instalarse en su sitio; nos volvimos á poner en marcha, siguiéndonos Cama á pie.

Los llanos que atravesábamos, si terrenos tan trastornados pueden llamarse llanuras, continuaban ofreciendo un aspecto de los mas grandiosos: cada vez que llegábamos á la cima de algun montecillo, descubriamos esos horizontes inmensos y fantásticos, como los que el sueño nos presenta, y tan preciosamente coloreados por el sol que parecian conducir á algunos de esos paises encantados que los pasos del hombre no pueden alcanzar. De cuando en cuando distinguíamos en la llanura algun arroyo, seco por la canícula, que serpenteaba como un reptil de verdura y del que una larga faja de adelfas, alimentadas por un resto de humedad, señalaba todas las sinuosidades; por último, á distintos trechos una de esas verdes isletas que ya hemos descrito se elevaban sobre aquel desierto de plantas agostadas en medio de las que cantaban desesperadamente un millon de cigarras.

Despues de seis ú ocho horas de marcha bajo un sol, de tal modo abrasasador, que la piel de nuestras botas nos quemaba los pies, descubrimos la ciudad donde debíamos comer: componianla dos ó tres filas de casas, sin mas piso que el bajo, edificadas á distancias iguales unas de otras, y que parecian de lejos juguetes de niños.

Al apearnos á la puerta de la principal posada, observamos con placer que habia en ella algunos instrumentos de cocina que me parecian muy abandonados; pero Salvadore vino á calmar la alegría que nos causaba este descubrimiento invitándonos á hacer de él el mas pronto uso que nos fuera posible, puesto que habiendo perdido una hora en calentarnos por la mañana era preciso ganar aquella hora á espensas de nuestra comida, á fin de no llegar demasiado tarde á las rocas de Mezzojoro. Por hambrientos que estuviésemos, comprendimos la importancia del consejo é hicimos que nuestro huésped fuese lo mas diligente posible. Eso no impidió que perdiésemos dos horas para hacer una comida execrable. Un gato, incluido en la lista á cuenta de Milord, nos probaba que habia sido mas dichoso que nosotros.

Nos volvimos á poner en camino á eso de las cinco. Como el desfiladero que nos era preciso atravesar estaba á seis millas de Corleone, donde habíamos comido, comenzamos á distinguirle á eso de las seis y cuarto. Era sencillamente un paso entre dos montañas, la una cortada á pico y la otra inclinándose por una pendiente bastante rápida, cubierta toda de rocas que se habian desprendido de la cima y se habian detenido á diferentes distancias. Debíamos llegar allí alrededor de las siete, es decir, muy de dia todavía. Salvadore nos enseñó aquel paso con la punta de su garrote; en seguida, mirándonos como para ver el efecto que produciria en nosotros lo que iba á anunciarnos:

—Si hay algo que temer, dijo, será allí.

—Apresuremos pues el paso, respondí, porque si verdaderamente hay algun peligro, vale mas irle á buscar muy de dia, que esperar á que venga á sorprendernos durante la noche.

—Andando, dijo Salvadore.

Y apoyando la mano sobre la grupa de mi silla animó con la voz á nuestras mulas que tomaron el trote.

Nos aproximamos rápidamente. Cama, para no hacernos retrasar, habia vuelto á ocupar su sitio en medio del equipage, y nos seguia agarrado á las cuerdas con que estaba atado. Habia oido algunas palabras de temores, dichas por Salvadore y se habia alarmado mucho. Le ofrecí entonces, teniendo Jadin una escopeta de dos tiros, tomase las pistolas á fin de ayudarnos si la ocasion se presentaba; pero esta oferta habia estado para hacerle caer de miedo desde lo alto de su mula. Jadin las habia, pues, guardado en sus pistoleras.

A unos trescientos pasos del desfiladero Salvadore detuvo mi mula. Como era la que iba á la cabeza de la caravana las otras dos siguieron inmediatamente su ejemplo; luego, diciéndonos que aguardásemos en el sitio donde estábamos, puesto que acababa de distinguir el estremo de un cañon de una escopeta detrás de una roca, Salvadore nos dejó, y fué derecho al punto indicado.

Nos aprovechamos de aquella parada para ver si nuestras armas estaban corrientes. En cada cañon de mi escopeta tenia dos balas li-

gadas, Jadin tenia otro tanto en su carabina y en sus pistolas. Como las pistolas eran de dos cañones, componíamos siete tiros, sin contar que nuestras escopetas, por su disposicion, podian volverse á cargar inmediatamente, para que en caso de necesidad una segunda descarga sucediese casi inmediatamente á la primera.

Seguimos á Salvadore con la vista, con la atencion que fácilmente se comprenderá. Avanzaba con paso firme y rápido sin demostrar ninguna vacilacion: muy pronto vimos asomar un hombre por el ángulo de una peña; Salvadore se fué á él, y los dos, despues de cambiar algunas palabras desaparecieron detras de la roca.

Al cabo de diez minutos Salvadore volvió á aparecer solo y se dirigó hácia nosotros. Quisimos leer de lejos en su fisonomía las noticias que nos llevaba, pero era cosa imposible. En fin, cuando estuvo á algunos pasos de nosotros:

—¡Y bien! le dije, ¿qué hay?

—Hay que, como lo habia previsto, no quieren dejarnos pasar.

—¡Cómo! ¿No quieren dejarnos pasar?

—Es decir, á menos que pagueis el pasage.

—¿Y son muy exigentes?

—¡Oh, no! en consideracion á mí no exigen mas que cinco duros.

—¡Ah! dijo Jadin riendo, ¡enhorabuena! He aquí gentes razonables y con quienes quiero tratar mejor que con los posaderos.

—¿Y cuántos son, pregunté yo, para tener a pretension de ponernos de ese modo á contribucion?

—Son dos.

—¡Cómo! ¿dos solamente?

—Si, los otros están en el camino de Armianza á Polizzi.

—¿Qué decis de esto, Jadin?

—¡Y bien! yo digo que puesto que no son mas que dos y nosotros somos cuatro, á nosotros corresponde hacer que nos entreguen cinco duros.

—Mi querido Salvadore, repliqué entonces, hacedme el favor de volver á estar con esos señores, y decirles que les amonestamos para que se estén quietos.

—O sino, continuó Jadin, haré que sean comidos por Milord. ¿No es eso, perrillo? Quiere comer un ladron el perro ¿eh?

Milord dió dos ó tres saltos muy contento en señal de completo consentimiento.

—¿Es vuestra última resolucion? dijo Salvadore.

—La última.

—¡Pues bien! teneis razon. Pero echad pie á tierra y colocaos al otro lado de las mulas, á fin de que si en un momento de mal humor les entrase el deseo de enviaros un balazo, les presenteis el menor blanco posible.

El consejo era bueno; le seguimos al punto. En cuanto á Salvadore, sea que él creyese no tener nada que temer, sea que despreciase el peligro, marchó silbando cuatro pasos delante de la primera mula, mientras que nosotros estábamos cada uno detrás de la nuestra y completamente resguardados por ellas.

Vimos asomar el puntiagudo sombrero de los bandidos por encima de la roca; vimos inclinar los dos cañones de escopeta en nuestra direccion; pero á pesar de que aquella parte del camino era la mas próxima al lugar en que estaban emboscados, y no habia mas que sesenta pasos de ellos á nosotros, toda su hostilidad se limitó á esta demostracion, que podia ser tan defensiva como ofensiva.

Al cabo de diez minutos estábamos fuera de tiro.

—¡Y bien, Cama! dije yo volviéndome hácia nuestro desgraciado cocinero, que pálido como la muerte murmuraba sus oraciones besando una imágen de la Madona que llevaba al cuello; ¿qué piensas ahora de los viages por tierra?

—¡Oh, señor! esclamó Cama; todavía quiero mejor la mar, ¡por mi honor!

—Tomad, dije á Salvadore, sois un hombre valiente; he aquí los cinco duros para que bebais á nuestra salud.

Salvadore nos besó las manos y volvimos á subir en nuestras mulas.

Una hora despues habiamos llegado sin otro accidente á la posada de San Lorenzo, donde debiamos dormir. Encontramos allí una cena y una cama detestables, por lo que se nos pidió á la mañana siguiente cuatro duros.

Decididamente Jadin tenia razon: los verdaderos ladrones, aquellos sobre todo de los que no habia medio de poderse librar, eran los posaderos.

PALERMO LA FELIZ.

Mas favorecida del cielo que Girgenti, Palermo merece todavía hoy el nombre que se la da hace veinte siglos: hoy, como hace veinte siglos, siempre es Palermo la Feliz.

En efecto, si hay una ciudad en el mundo que reuna todas las condiciones de la felicidad, es aquella indolente hija de los fenicios que se llama *Palermo Felice*, y que los antiguos representaban sentada, como vemos, en una concha de oro. Edificada entre el monte Pellegrino, que la resguarda de la *tramontana*, y de la cadena de la Bagheri, que la protege contra el jaloque, recostada á la orilla de un golfo que no tiene otro rival que el de Nápoles; ceñida de un verde cinturon de naranjos, granados, cedros, mirtos, aloes y adelfas, que

la dan sombra con su follage y la embalsaman con sus perfumes; heredera de los sarracenos, que la han legado sus palacios; de los normandos, que la han dejado sus iglesias; de los españoles, que la han dado sus serenatas, es á la vez poética como una sultana, graciosa como una francesa, enamorada como una andaluza. Así su felicidad es para ella una de esas felicidades que vienen de Dios y que los hombres no pueden destruir. Los romanos la ocuparon, la han conquistado los sarracenos, disfrutáronla los normandos, los españoles apenas la han abandonado, y á todos esos diferentes señores, á quienes concluyó por hacer sus amantes, ha sonreido con la misma sonrisa; muelle cortesana que jamás tuvo espíritu sino para una eterna voluptuosidad.

El amor es la principal ocupacion de Palermo; en cualquiera otra parte se vive, se trabaja, se piensa, se especula, se discute, se combate: en Palermo se ama. Tenia la ciudad necesidad de un protector celeste; no siempre se piensa en Dios, es muy necesario un fundamento de poder para que se piense en él por nosotros. No creais tampoco que ella haya ido á escoger algun santo perezoso, gruñon, exigente, severo, de semblante ascético y desagradable, no; ha elegido una vírgen bella, jóven, indulgente, flor en la tierra, estrella en el cielo; de ella ha hecho su patrona; y ¿por qué? porque una muger, por casta y santa que sea, siempre tiene algo de la Magdalena; porque una muger, aunque haya muerto vírgen, ha comprendido el amór; porque en fin, es de una muger de quien Dios ha dicho: «La será perdonado mucho, porque ella mucho ha amado.»

Así cuando despues de un camino áspero, fatigoso, eterno, en medio de soledades abrasadas por el sol, devastadas por las tormentas, trastornadas por los temblores de tierra, sin árboles á cuya sombra descansar durante el dia; sin una mala cama para dormir por la noche, descubrimos al llegar á lo alto de una montaña á Palermo sentada á orilla como Cleopatra en las olas de la Cirenáica, se comprende que arrojamos un grito de alegría: es que á la simple vista de Palermo, se olvida todo. Palermo es un término: es la primavera despues del invierno, es el reposo despues de la fatiga, es el dia despues de la noche, la sombra despues del sol, el oasis despues del desierto.

A la vista de Palermo, todo nuestro cansancio desapareció; olvidamos las mulas con su trote duro, los riachuelos con sus mil inflexiones; olvidamos esas posadas, donde el hambre y la sed son los menores inconvenientes, esos caminos, donde tras cada revuelta, cada roca, cada cantera, se oculta un bandido que os acecha y os espia; olvidamos todo, para mirar á Palermo y para aspirar aquella brisa del mar que parecia ascender hasta nosotros.

Descendimos por un camino costeado de un lado por inmensos cañaverales y bañado del otro por la mar; el puerto estaba lleno de navíos anclados y el golfo lleno de barcos de vela; una legua antes de Palermo, se ven las vilas cubiertas de emparrados; los palacios recostados á las sombras de las palmeras se presentaron á nuestra vista: todo esto tenia un aire placentero de un aspecto encantador. Efectivamente, llegábamos precisamente á las fiestas de Santa Rosalía. A medida que nos aproximábamos á la ciudad, marchábamos mas aprisa; Palermo nos atraia como aquella montaña de iman de las *Mil y una Noches* de que no podian huir los navíos. Despues de habernos mostrado de lejos sus torres, sus cúpulas y sus azoteas, que desaparecian poco á poco, nos franqueaba sus arrabales. Atravesamos un paseo situado á orilla del mar y llegamos á una puerta de construccion normanda; el centinela en lugar de detenernos, nos hizo un saludo como para decirnos que éramos bien llegados.

En medio de la plaza de la Marina, vino un hombre hácia nosotros:

—¿Estos señores son franceses? nos preguntó.

—Nacidos en el centro de Francia, respondió Jadin.

—Yo soy quien tiene el honor de servir particularmente á los jóvenes señores de vuestra nacion que vienen á Palermo.

—¿Y en qué los servis? le pregunté.

—En todas las cosas, escelencia.

—¡Diablo! sois un hombre precioso. ¿Cómo os llamais?

—Tengo varios nombres, escelencia; pero mas comunmente se me llama *il signor Mercurio*.

—¡Ah! muy bien, comprendo. Gracias.

—He aquí los certificados de los últimos franceses que me han empleado: podeis ver como han quedado completamente satisfechos de mis servicios.

Y en efecto, il signor Mercurio nos presentó tres ó cuatro certificados muy detallados y sobradamente indiscretos que debia al reconocimiento de nuestros compatriotas. Les pasé la vista por encima y se los di á Jadin, que los leyó á su vez.

—¿Ven estos señores como estoy perfectamente en regla?

—Si, querido amigo, pero desgraciadamente nosotros no tenemos necesidad de vos.

—Si tal, escelencia, siempre hay necesidad de mí, cuando no es para una cosa es para otra: sois ricos, yo os haré gastar vuestro dinero: sois pobres, yo me compondré de modo que hagais economías: sois artistas, os enseñaré cuadros: sois hombres de mundo, os pondré al corriente de toda la chismografía de la sociedad: soy de todo, escelencia: cicerone, ayuda de cámara, anticuario, comerciante, comprador, historiador y sobre todo,